

El ser pobre no es pecado
Ni hay quien lo pueda decir;
Pero es simpleza fingir
De rico un pobre pelado.

MASCARA IV.

Con la máscara de amigo
Suele esconderse el traidor:
La experiencia esto mejor
Lo dice que yo lo digo.

¡Cuantos pobres son despojos
De esta máscara maldita,
Por creer en la cascarita
De las voces y los ojos!

Al pobre de Don Fulano
Hace el traidor mil lisonjas
En su casa, y en las lonjas
No le deja hueso sano.

Aspides disimulados
Son estos entre las flores;
Y sin duda son los peores
Entre los enmascarados.

MASCARA V.

Máscaras, si lo reparas
Tienen tambien las mujeres,
Pues en varios pareceres
Saben hacer á dos caras.

Máscaras á cada rato
Suelen mudar con primor,
Máscara tienen de amor
Y máscara de recato.

Máscara de compasión,
Máscara de celos tienen,
Y si acaso les convienen,
Máscara de devoción.

Máscara tienen de honradas;
Máscara de coquetillas;
Máscara de muy sencillas
Y máscara de ilustradas.

Máscara de bachilleras,
Máscara de humilde llanto,
De ira, de dolor, de espanto,
De vengativas y fieras:

En fin, de las señoritas
 (No de todas) de las más,
 Si cuentas bien no podrás
 Contarles sus mascaritas.

MASCARA VI.

Con máscara de devoto
 Se esconde el vil usurero:
 También al ladrón casero
 Su mascarita le noto.

Numerar no solicito,
 En fin, tanta hipocresía;
 Que quererlo hacer sería
 Proceder en infinito.

Pues por tan distintos modos
 Veo disfraces importunos,
 Pocos serán ó ningunos
 Si no se enmascaran todos.

El gato esconde en la mano
 La uña hasta que vé al ratón;
 Pero cuando hay ocasión,
 ¿No las saca el escribano?

El sastre y el zapatero,
 Procurador, relator,
 El boticario, el doctor,
 Demandante, vinatero,

Y otros. . . . que no quiero hablar,
 Ni quitar créditos, pues
 Viene la cuaresma, y es
 Preciso irse á confesar.

LETRILLA.

Están los huevos caros:
De consiguiente,
Cascarones esté añorando
Pocos se venden.

Mas ¿que hablo yo,
Cuando no hay otra cosa
Que *cascarón*?

¿Que cosa es el caballero,
Que á pesar de su dinero
Es un pobre ignorantón?
Cascarón.

¿Que cosa es doña Pomposa,
Presumida, vanidosa,
Y mas fea que la tarasca?
Ojarasca.

¿Que es el viejo macilento
Usurero y avariento
Y tolerado ladrón?
Cascarón.

¿Que otra cosa será aquella
Que nos dice que es doncella,
Y su descoco dá basca?
Ojarasca.

¿Que podrá ser el marido
Que se hace desentendido
Cuando le suena el bolsón?
Cascarón.

¿Y que es aquella casada
Que aunque no le digan nada
Con el que puede se enfrasca?
Ojarasca.

¿Que cosa es el negociante,
Que lleva el lucro adelante
Mas que pierda la opinión?
Cascarón.

¿Que cosa es la coquetilla
De túnico y de mantilla,
Que al disimulo se rasca?
Ojarasca.

Cuantas vemos necesidades
Del mundo, son vanidades:
Y todo él, en conclusión:

Cascarón.

SONETO

HECHO EL MIÉRCOLES DE CENIZA DEL AÑO
DE 1811.

¿Ya véis del Rey el cetro dominante?
¿El celo de ministro diligente?
¿Del soldado el acero reluciente?
¿Y de los grandes, cruces de diamante?
¿El solícito afán del comerciante?
¿El oro y la riqueza del pudiente?
¿El estudio del sábio permanente?
¿Y de la dama, en fin, el buen semblante?

Pues todo ese poder, esa grandeza,
Ese esplendor y gloria imaginada,
Ese marcial espíritu y braveza,

Es en la muerte, al fin de la jornada
Cetro, instrucción, acero, afán, belleza,
Polvo, sombra, ceniza, viento y nada.

HIMNO

LA DIVINA PROVIDENCIA.

MANO divina, sacra y admirable
 Del Sér Eterno, que con modo sábio
 Mueves del globo la pesada mole
 Sobre el sol mismo sin ningún trabajo.

Omnipotente MANO, á cuyo impulso
 Obedecen los vientos y los rayos,
 Su ímpetu el mar detiene, y las estrellas
 Giran con los planetas y los astros:

MANO angusta del Fuerte, que mantienes
 A tus leyes sujeto lo que has creado,
 Con tanta perfección y con tal orden
 Quanto los hombres todos admiramos.

¿Qué mortal es capaz, qué inteligencia
 De las que en torno vuelan á tu lado,
 De conocer tus altas providencias
 Ni penetrar tus íntimos arcauos?

¿Quién alzar osará de tu grandeza
 La extremidad del velo sacrosanto,
 Ni el gabinete oculto de tus obras
 Registrará blasfemo y temerario?

¿Ni quién de tus piedades infinitas
 Podrá alabar en himnos ajustados
 El torrente que inunda á tus criaturas
 Como con dulce y dilatado caos?

Tú divides benéfico los tiempos
 En estaciones distinguiendo el año,
 Y los rigores del Invierno triste
 Compensas liberal en el Verano.

Tú en verde caña cuajas la mazorca,
 Tú doras las espigas en el campo,
 Tú las frutas endulzas, y tú vistes
 De esmeraldas los montes y lós prados.

Tú haces que entre las peñas se cultive
La plata, el oro, el hierro y el estaño,
Y allí le das los brillos y reflejos
Al rubí, al ametista y al topacio.

Tú abrigas al cordero con su lana,
Tú armas la garra del feroz leopardo,
Tú pintas al alegre pajarillo
De plumas mil y de colores varios.

Tú haces vivan gustosos en las ondas
El delfín, tiburón y ballenato,
Y en los cristales de la mar cerúlea
De pez mantienes número tan vasto.

Tú. pero ¿adónde voy? ¿Será posible
Que atrevido, soberbio é insensato,
Presuma referir tus maravillas
Ni señalar las obras de tu MANO?

Tú eres el Dios Eterno, incomprensible,
La Bondad suma, Santo, Santo, Santo,
Fuente de la piedad y la dulzura,
Y el absoluto dueño de lo criado.

Tú me criaste, Señor, tú eres mi Padre;
Aún ántes de existir ya me has amado;
A tí debo la vida que respiro,
Y este renglón pronuncio por tu agrado.

¡Oh Fé divina, luz que me consuelas!
¡Oh Religión, iluminante rayo
De la Deidad sagrada, que me animas
En mis mayores penas y trabajos!

¿Conque tú eres mi Padre, ¡oh Dios Eterno!
Mi Criador, Redentor y único amparo,
Y vela sobre mí constantemente
Tu cariñoso amor y tu cuidado?

¡Sí, mi Dios, es verdad, yo lo conozco;
Y cuando á agradecértelo no basto,
Entonaré tus dignas alabanzas
Mi ronca voz, mi balbuciente labio.

Tú de la nada al sér me condujiste
Por un efecto de tu amor sagrado,
Y por el mismo, de tu santa Iglesia
Quisiste que naciese en el regazo.

Si repaso mi vida, la contemplo
Rodeada de enemigos inhumanos,
Como la navicilla que agitada
Lucha en las ondas con los vientos bravos.

¿Cuántas veces la saña de algun toro,
El ímpetu indomable de un caballo,
O ya de mi enemigo la venganza,
Pudo darme la muerte sin pensarlo?

¿Cuántas veces siguiendo divertido
La carrera veloz de algun cervato,
Pude haber encontrado el precipicio
Deslizándome fácil de un peñasco?

¿Cuántas veces las aguas do solia
Buscar por mi salud el útil baño,
Pudieron darme líquido sepulcro
En pago de mi arrojado temerario?

¿Cuántas veces?... Mas ¡ay! yo me fatigo
Recordando mis riesgos, yo me canso;
Basta sólo decir que de ellos libre
He sido por la fuerza de tu brazo,

Así lo reconozco agradecido,
Tú todo lo dispones, no hay acaso;
Tu PROVIDENCIA adoro: todo se hace
O con tu permisión ó tu mandato.

Pues siendo esta verdad tan infalible;
Si sé que todo viene de tu MANO,
Y que me amas, Señor, ¿por qué motivo
En las adversidades yo me abato?

¿Por qué hácia al mundo solamente miro,
Y mi débil espíritu lo arrastro,
Si eres mi protector y mi refugio,
Y en tí mis ansias hallarán descanso?

Huyan lejos de mí las aflicciones,
La congoja, el temor y sobresalto,
Si se levanta el Todopoderoso
En mi defensa de su trono sacro.

Si á mi lado se pone el Invencible,
Y su escudo me cubre soberano,
No temeré mil males, pues seguro
Estaré siempre de que me hagan daño.

Desplómense los cielos de sus ejes,
Trastórnense los montes y peñascos,
Vuélquese el mar, inflámense los vientos
Y en negra tempestad vomiten rayos;

Yo todo lo veré tranquilamente,
Impertérrito siempre y sin espanto,
Si me hacen sombra las sagradas alas
De tu misericordia, Padre amado.

Sobre el áspid y el fiero basilisco
Andaré alegre con sereno paso,
Y pisaré sin miedo al león soberbio,
Y al sangriento dragón hollaré ufano.

Me reiré de los fraudes y tropiezos
Que pretenda ponerme el hombre malo,
Porque si tú me ayudas, fácilmente
Yo desharé sus redes y sus lazos.

Mas si por mis pecados tú quisieres
Que padezca en la cama los asaltos
De cruel enfermedad, ó la pobreza
Me devore con lánguidos atrasos;

Si quieres, Padre, sufra los rigores,
Ya de la esposa infiel, del hijo ingrato,
Del enemigo cruel, del vil amigo,
Del pérfido traidor, del mal hermano;

Si quieres me atropelle la calumnia
Y que mi honor lo mire vulnerado,
Que una triste prisión ó que la muerte
Den fin á un infeliz, ¿he de rehusarlo?

De ninguna manera; antes mi gusto
Conformaré contento á tu mandato:
Sólo te pido que me des esfuerzo
Para apurar un cáliz tan amargo.

Sí, castiga, Señor, mis desaciertos,
Pero alienta mi espíritu postrado;
Y ya fortalecido con tu ayuda,
Me arrojaré confiado entre tus brazos.

Sí, yo confesaré que los castigos
Son voces del Pastor á su rebaño,
Y si das el azote como Padre;
No os puede menos que doler la MANO.

Castígame, Señor, no me abandones;
 Redúceme al redil á latigazos;
 Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 Me pretendo eximir de los trabajos?

Dáme resignación, y vengan penas,
 Mi espíritu avalora desmayado,
 Y entónces las miserias y dolores
 Me serán apreciables, suaves, gratos.

En fin, quema, Señor, aquí castiga,
 Oprime, corta y hazme mil pedazos. . . .
Hic ure, hic seca, ut in aeternum parcas,
 Como allá me perdones, Dueño amado.

Vicente Riva Palacio.

A ORIZABA.

Ahí estás tú cual antes coronada
 De floridos naranjos y de rosas;
 Entre gigantes cerros reclinada
 Bañada por tus aguas misteriosas.

Ahí estás tú: poética te asomas,
 Ceñida por tus fértiles praderas,
 Nido un tiempo de garzas y palomas,
 Hoy cueva de chacales y panteras.

Escucha mi canción, oye mi acento
 Que hasta tus muros llevará mi grito
 Como eco de fatal remordimiento,
 Que te despierte en tu soñar maldito.